

## En la Pascua Militar

Teniente general Manuel Gutiérrez Mellado  
Vicepresidente primero del Gobierno para  
Asuntos de la Defensa y ministro de Defensa

[Transcripción del discurso pronunciado en el Palacio Real de Madrid, 6 de enero de 1978]

PALABRAS CLAVE: Conflictividad militar; Defensa; Fuerzas armadas; Fuerzas de seguridad; Grupos terroristas; Legislación militar; Lucha antiterrorista; Manuel Gutiérrez Mellado; Monarquía; Política antiterrorista; Política de defensa; Reforma militar; Terrorismo; Transición española.

Señor:

Hace un año que, dentro de la línea tradicional que marcara uno de vuestros augustos antecesores el rey Carlos III, felicistais efusivamente a todas las Fuerzas Armadas de España, a la vez que mostrasteis vuestro orgullo por ostentar el Mando Supremo de las mismas.

Pero también nos hicisteis una serie de consideraciones que es preciso recordar, pues su cumplimiento más exacto y su correcto conocimiento han de ayudarnos siempre a todos a seguir sin el más mínimo titubeo la línea de servicio a España de conformidad con los deseos tantas veces expresados por Vuestra Majestad.

Nos hablasteis de la disciplina, «difícil de conservar en ocasiones», pero que es entonces cuando alcanza su más sublime valor, como el fundamento más firme en el que se tienen que apoyar las Fuerzas Armadas, sin ella —decíais— no es posible la acción del mando y en este sentido —añadíais— no debemos concedernos flaquezas a nosotros mismos, ni permitir las en nuestros subordinados.

Es conocido por todos que «la disciplina es la fuerza principal de los Ejércitos. Es el alma y vida de los mismos». Es también la fuerza esencial que asegura la existencia de una sociedad madura capaz de crear un orden libre y de subordinarse a él.

Pero no se entiende la disciplina como simple conformismo pasivo y temeroso ante la sanción o el reproche.

Lo que la engrandece y le da su verdadero sentido es su condición activa y entusiasta ante las órdenes recibidas, buscando conscientemente, en la reflexión y responsabilidad, el mejor modo de ejecutarlas y, en el carácter, la energía suficiente para salvar los escollos y dificultades que supone a veces la ejecución de las mismas.

Es preciso por ello que nuestras voluntades tiendan a conformar su juicio con el juicio del que manda. Sólo así podremos evitar la crítica destructiva que deprime la moral e introduce entre nosotros la incertidumbre y el desacuerdo; se creará así una auténtica sensación colectiva de participación, pensando que cuanto hacemos no es indiferente al bien general de la empresa común que, en nuestro caso, tanta trascendencia tiene para el conjunto de la colectividad nacional y de su convivencia civilizada y pacífica.

Nos hablasteis también «de los especialmente duro que resulta, en ocasiones, el ejercicio de la lealtad, complemento insustituible del espíritu de disciplina que debe animarnos a todos».

Lealtad que hemos de sustentar manteniendo un honrado y arraigado sentimiento de fe en la misión de cada uno, a través de esa labor maravillosa que consiste en formar soldados y servir a España.

Evidentemente todo ello dentro del contexto de la realidad social del momento tan singular que vive hoy, no sólo nuestra Patria, sino el mundo entero.

Realidad social que no implica destruir, renegar o hacer tabla rasa de todo lo pasado, antes bien conservar y mejorar todo lo bueno ya logrado, pero, al mismo tiempo, aceptando que es necesario renovar conceptos, modernizar técnicas y métodos, y tomar nuevas iniciativas y medidas para dar respuestas adecuadas a los problemas actuales.

La realidad social, como la vida misma, es algo variable que exige una permanente actualización y, por tanto, la pérdida de contacto con aquélla nos adormecería en la rutina y nos convertiría en seres inadaptados.

Entendida así la lealtad, resultará más sencillo acomodar, consciente y disciplinadamente, nuestras opiniones y puntos de vista a otros superiores, en aras de ese bien general, de esa empresa común que todos perseguimos: servir a nuestra Patria.

También nos hablasteis de la necesidad de nuestra unión, de la coordinación de nuestros esfuerzos para ser fuertes, pues vivimos en un mundo —nos decíais— ciertamente difícil y hemos de estar prevenidos contra la tentación y el engaño.

Unión, cuyo apoyo más firme y sólido se basa en el compañerismo, cualidad militar esencial en la vida y desarrollo de nuestros Ejércitos y cuyo ejercicio supone fundamentalmente respetar la dignidad personal de los demás, rechazar la crítica

destruictiva, descartar la envidia, alegrarse de los éxitos ajenos como si fueran propios, desear el acierto de los que nos mandan y entristecernos con las desgracias y fallos de los demás.

Pues bien, Señor, sobre estos tres pilares —disciplina, lealtad y compañerismo—, y en un contexto de honestidad y eficacia, como os ofrecimos el pasado año, las Fuerzas Armadas han tratado de basar su esfuerzo de participación consciente en el empeño, tantas veces manifestado por Vuestra Majestad, de que nuestra sociedad sea cada vez más justa, alegre y libre; de que la unidad de la Patria —respetando la variedad de sus regiones— constituya la esencia del ser nacional y de que España pueda prosperar en el orden y en la paz.

Y así se han resuelto, a lo largo del año 1977, importantes problemas de nuestras Fuerzas Armadas, expuestos entonces ante vuestra presencia y cuya enumeración, recogida en el Informe General 1/77, que presenté a Vuestra Majestad y que es conocido por los Ejércitos, resultaría prolijo repetir.

Y así es también como pretendemos seguir encarándonos con la resolución de los muchos y complejos problemas todavía pendientes.

Pretendemos, Señor, que nuestros Ejércitos constituyan un todo con la sociedad y sean defensores de su voluntad soberana; que, por el contrario, no sean monopolio de nadie, para que todos los españoles se sientan identificados con ellos.

Unos Ejércitos que rechacen firmemente cualquier llamada que pretenda cambiar las transcendentales misiones que recaen sobre ellos, como consecuencia de la total confianza que les otorga la nación.

Unos Ejércitos que traten afanosamente de lograr el más alto grado posible de instrucción y la máxima capacidad operativa en todas sus unidades para luchar, si es preciso, contra cualquier enemigo exterior y sean permanentes centinelas de la paz interior.

Señor, las Fuerzas Armadas de España, a las órdenes del Gobierno de la Nación, por encima de opciones temporales, y siempre bajo el mando de Vos, nuestro Comandante Supremo, siguen atenta y apasionadamente el desarrollo de esta nueva etapa histórica, difícil pero esperanzadora, que está viviendo nuestra Patria. Y la siguen preocupados, pero confiados; tensos, pero disciplinados; conscientes y serenos, a pesar de los sacrificios, a veces cruentos, que han de soportar y que también recaen sobre el resto de la sociedad.

El pueblo español está demostrando su grandeza, su decisión de vivir y progresar en la paz, por muchas que sean las dificultades a vencer, y a pesar de que unas minorías fanatizadas intenten evitarlo, incluso llegando al empleo de la violencia.

Pero, Señor, bien sabéis que al pueblo español no se le amedraña con la coacción, la amenaza y el terror.

Violencia, eso sí, que debe ser rechazada por todos los españoles de bien, de manera pública, solemne, rotunda y definitiva, hasta conseguir que esos grupúsculos se sientan totalmente aislados, condenados y, en definitiva, expulsados del seno de la sociedad, en la que no quieren integrarse.

Señor, España es una y los españoles no vamos a tolerar que la rompan.

Por mucho que se nos amenace, y porque unos pocos utilicen el terrorismo drogados por falsos profetas que agitan presuntos ideales, que la inmensa mayoría de la nación acaba de rechazar rotundamente, no van a conseguir que muchos millones de españoles se sometan a la dictadura de las bombas y las metralletas.

El pueblo y sus Fuerzas Armadas saben lo que aquellos buscan cada vez que eligen sus víctimas, unas veces indiscriminadas, otras, personalidades de la vida pública y privada, o, con trágica frecuencia, componentes de las fuerzas del orden; siempre en definitiva, vierte sangre del pueblo, sangre de España.

Sabemos que tratan de evitar lo que ya es irreversible y que los españoles han sancionado de forma definitiva con su voto; es decir, que la Nación camine en paz, bajo la magistratura de la Corona y en un orden democrático, hacia la prosperidad y el progreso.

Quieren para sus fines crear una psicosis de miedo, una histeria colectiva de angustia e incertidumbre, que salten los nervios de los que defienden al Estado. En definitiva que se produzca una crisis nacional que interrumpa el actual proceso de evolución.

Pero por mucho daño que aún pretendan hacer, no vamos a caer en su trampa y, tarde o temprano, obtendrán el fruto amargo y trágico que están cultivando con sus hechos: encontrarse con la Ley, serena pero justamente aplicada, y conseguir la indignada y unánime repulsa de toda la Nación.

Es preciso, pase lo que pase, mantener la mente fría y una inquebrantable voluntad de vencer.

Las Fuerzas Armadas están dispuestas, con la misma fidelidad de siempre y por el camino del honor, a seguir cumpliendo con su deber, que nos exige, si es preciso, el precio de nuestras vidas, confiando siempre en el amparo, comprensión y afecto del

pueblo español y de sus legítimos representantes y organismos de Gobierno y del Estado, en una simbiosis moral y humana, cada vez más estrecha, más verdadera, hasta llegar a conseguir una fusión completa entre todos, que constituya indestructiblemente lo que expresa una simple palabra que vale por todas: España.

Señor, hace un año y aquí mismo, os dijimos, con nuestro mayor respeto e invocando nuestra condición de soldados, que estábamos orgullosos de vuestra dedicación y sacrificio, de vuestro quehacer, de cómo realizabais vuestro nobilísimo, pero tremendo oficio de Rey.

Pues bien, Señor, nos atrevemos a considerarnos interpretes por un momento del sentir del pueblo español, del que formamos parte y no casta separada, y deciros ahora que aquella admiración va acompañada de una inmensa confianza en vuestra persona, y del verdadero amor de todos los españoles que han comprendido que la Corona es la unión el guía y el más seguro valedor de la España actual y del futuro.

Con nuestro más cálido y respetuoso homenaje para Su Majestad la Reina y para sus Altezas Reales el Príncipe de Asturias y las Infantas, invocamos la bendición de Dios para toda vuestra familia y os decimos como españoles y como soldados: a vuestras órdenes, Señor.